



La edad conlleva un progresivo envejecimiento con múltiples pérdidas a nivel físico y cognitivo que van abarcando casi todos los aspectos de la vida.

La edad avanzada constituye un riesgo para el suicidio. Las tasas de suicidio aumentan con la edad, hasta tres veces más que los jóvenes. Los intentos de suicidio se caracterizan por presentar mayor intencionalidad y mortalidad asociada.

Se conocen **factores de riesgo** específicos para esta etapa de la vida. El mejor conocido es la depresión, está presente en el 30-65% de los mayores y de éstos 1 de cada 7 fallece por suicidio.

**Algunos acontecimientos precipitantes son:** la emancipación de los hijos, la jubilación, la pérdida del cónyuge y seres queridos, aparición o empeoramiento de enfermedad física, pérdida de la autonomía, la institucionalización, el aislamiento social y la soledad.

El grado de letalidad y de premeditación en los mayores es más grave. El 90% de los hombres que realizan un intento de suicidio lo consuman. Expresan menos señales de aviso y los métodos utilizados son más letales. También puede ocurrir el suicidio pasivo: dejar de tomar medicación, dejar de alimentarse o de beber.

Sin embargo, el 75% de los suicidios de mayores habían estado en el médico por lo menos un mes antes.

Entre el 71-95% de los mayores que se han suicidado tenía un **trastorno mental**. La depresión es un factor de riesgo muy presente y suele presentarse en comorbilidad con enfermedades físicas crónicas. Otros trastornos que aumentan el riesgo de suicidio son los trastornos psicóticos, el abuso del alcohol y las demencias leves.

Se estima que el 20% de los suicidios puede ser, al menos en parte, una respuesta a enfermedades físicas crónicas y dolorosas graves.

Los principales **factores de protección:** buen soporte familiar, mantener vínculos sociales, desarrollo de actividades y nuevos intereses, acceso a servicios socio-sanitarios, hábitos de vida saludables. Además de autoestima, espiritualidad, tener un propósito en la vida.